brío y pujanza. Al terminar cada una de las partes en que divide sus dramas, y principalmente al terminar éstos, dibuja cuadros verdaderamente pictóricos, en los que el efecto plástico rivaliza con el efecto dramático. Sus mejores actos en lo general, son los expositivos, y sus más débiles actos, son á veces los del enredo y á veces los del desenlace. Difícil es hallar un solo drama suyo que no tenga espléndida exposicion. La de *Juan de Villalpando*, sobre todas, es magnífica y perfecta.

Contribuyen y auxilian asimismo á la pompa y aparato decorativo de sus ficciones dramáticas, los bellos y numerosos apólogos, que les dan singular esmalte y brillo. En la facultad ó privilegio de entretejer, con no comun donosura, y sin quebrar la unidad ó cohesion del argumento, incidentes, episodios y apólogos, es lícito sustentar que ningun poeta le aventaja. Muchos hay que con celo y ahinco los entreveran en la malla de sus producciones escénicas, pero ninguno con el primor, utilidad y opulencia que él. En esto consiste su mayor prenda de originalidad, y por ello puédesele reputar innovador en el arte escénico. Su exuberancia de pormenores, sin embargo, y su prolijo esmero en fraguar la accion muy copiosa de ardides y resortes, le hacen caer en el extremo de convertir el drama en novela dramática; pero es tal la elegancia y finura de su estilo, tal la viveza y animacion de sus diálogos, y tal la brillantez y lujo de sus descripciones y relatos, que á la radiante luz de tanta pompa, se oscurecen y ofuscan los defectos inherentes á la complisada estructura de sus dramas.

No obstante lo expuesto sobre la uniformidad y parecido de sus caractéres, constituyen éstos una vasta galería de tipos preciosos de nobleza y generosidad. D. Lope de Mendoza en *La hija del Rey*, renunciando á su ardiente amor en beneficio de la felicidad de su padre; Íñigo, en *Por el joyel del sombrero*, confesándose culpable, sin serlo, para mantener ilesa la honra

de su amada; Gil Almíndez, en *El Conde de Peñalva*, ahogando las esperanzas de un amor imposible, á fin de labrar la dicha de Andrea, objeto de su idolatría; el Conde Hernando, en *El sacrificio de la vida*, haciéndose pasar por muerto, para que su esposa y su hijo adoptivo, que se adoran y á quienes adora, puedan ser felices, y tantos otros tipos hidalgos como abundan en los dramas de nuestro poeta, forman una extensa coleccion de figuras con la mayor verdad trazadas, y ministran testimonio irrefragable de la atencion, cuidado y diligencia que pone en infundir aliento á caractéres nobilísimos, con lo más bello y puro del alma.

No ha omitido, con todo, la pintura del mal caballero. El Conde de Arco, en *Doña Leonor de Sarabia;* D. Suero de Molina, en *Juan de Villalpando;* D. Nuño, en *Esperanza,* y el Marqués de Santa Flora, en *¡Hasta el cielo!*, patentizan la habilidad, tino y exactitud con que evoca á la vida del arte á caractéres innobles, cuando los necesita. Se ha esmerado, sobre todo, en la pintura de las damas, aunque en ella no ha sido tan vário como en la de los caballeros. Angélica, de *La hija del Rey*, es el prototipo. Violante de *Gil González de Ávila;* Estrella, de *Un amor de Hernan Cortés;* Aurora, de *Impulsos del corazon;* Teresa, de *Luchas de honra y amor;* Inés, de *Anton de Alaminos*, y la generalidad de sus damas están vaciadas en el mismo molde. Altivas, graves, amorosas, fieles, discretas y honestísimas, son todas capaces del mayor sacrificio en aras de su virtud ó de su amor, y así como pierden la vida ó la razon, si sucumbe el hombre á quien aman, truécase en desprecio su adoracion, si le hallan indigno de ella. Mencía, en *Por el joyel del sombrero*, experimenta honda aversion, y lo dice, hácia el capitan Juan de Benavídes, cuando éste hiere de muerte, con alevosía y en mala ley, á Íñigo, su nobilísimo rival.—Como matronas de carácter entero puédense citar: Doña Leonor de Sarabia, del drama del mismo nombre; Doña Ana,

de *Impulsos del corazon;* Doña Esperanza, de *¡Vivo ó muerto!* y Doña Juana, de *Luchas de honra y amor.* Aunque no son reinas, hacen recordar algunas de ellas á la célebre Doña María de Molina, que el ilustre mercenario Fray Gabriel Téllez dibujó tan admirablemente, en su famoso drama histórico de *La prudencia en la mujer.*

Los celos, la venganza, la ambicion de poder, la avaricia y el orgullo de la sangre son las principales pasiones que Peon ha contrapuesto á la nobleza, la galantería y el amor, que forman el precioso apoyo de sus dramas. Los afectos legítimos y buenos son, empero, los que figuran en primera línea: los malos y descarriados, aparecen casi siempre en la penumbra. Siente repulsion invencible nuestro poeta hácia los sentimientos mezquinos y se resiste su pluma á pintar individuos de bajas y rastreras pasiones. Saca á las tablas el vicio y los instintos perniciosos, para más realce de la oposicion y contraste del apuro dramático y para mejor traslado y copia de la vida humana. No ha creado, sin embargo, séres malos en esencia, sino séres dominados por insanos apetitos, que les llevan á todo linaje de excesos, y que, no obstante, tienen alguna cualidad recomendable, aunque sólo sea la intrepidez.

Una sola comedia ha escrito Peon, *Entre tu tio y tu tia,* notoriamente inferior á sus dramas, si bien rebosa en vís cómica y campea en ella bretoniana versificacion. La comedia no es de la cuerda de nuestro poeta. Desde muy jóven manifestó en Mérida, su tierra natal, poseer nervio dramático, en sus primeros ensayos, *El Castigo de Dios, María la loca* y *El Conde de Santi-Esteban,* que desde luego le conquistaron popularidad y renombre. Si hubiera continuado escribiendo sin interrupcion, ya contaría por centenas sus obras dramáticas; pero el árduo ejercicio de su facultad médica, sus deberes parlamentarios cuando ha pertenecido al congreso general, la in-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

dolencia y falta de proteccion de nuestros gobiernos respecto del arte escénico, y sobre todo, el desden y mal ceño con que nuestra sociedad ha visto siempre el drama nacional, enfriaron su númen y le hicieron enmudecer. Más de trece años abraza el lapso en que no produjo nada para el teatro. Sólo en 1873, que trabajaba en México D. José Valero con su compañía, escribió una pieza denominada *Un ódio de la niñez,* y la puso en manos de aquel actor, por conducto del insigne poeta José Rosas Moreno; pero no llegó á ser representada. Devolviósela el Sr. Valero, despues de algun tiempo, probablemente sin haberla siquiera leído. Pasado este ingrato incidente no volvió á escribir para el teatro hasta el año de 1876, en que, merced á la proteccion del gobierno federal, como ya he dicho, despertó de su letargo nuestra soñolienta literatura dramática. El entusiasmo rayó en delirio; el teatro se llenaba de bote en bote; la prensa ocupó muchas columnas en elogio del autor esclarecido; el brioso Nicolás Azcárate rompió muchas lanzas en su defensa, y el público le aclamó primer poeta dramático de México en los tiempos modernos. Diez obras dio entónces á la escena, y posteriormente ha dado siete más, una de las cuales escribió en colaboracion del eminente y castizo escritor mexicano Lic. Alfredo Chavero. Esto basta, sin tener en cuenta las numerosas composiciones de otros géneros que á la vez ha escrito, para poder asegurar que no hay ejemplo de igual actividad poética en nuestra historia literaria.

Dos circunstancias, en efecto, le caracterizan como autor dramático: su fecundidad y el haberse constituido en el representante más genuino de nuestro teatro. Idénticas circunstancias fueron causa de la inmensa popularidad de Frey Lope Félix de Vega Carpio, el mónstruo de la naturaleza, como le llamó Miguel de Cervántes, el mónstruo del ingenio. Frey Lope escribía con holgura y tranquilidad, disponiendo de todo

su tiempo para hacerlo. No así Peon y Contreras, que sólo dedica al cultivo de las bellas letras, los breves momentos de ócio que le permite la cotidiana práctica de su profesion, á la cual atiende de toda preferencia y solicitud. Visto el celo con que llena los deberes de su sacerdocio, más admira su fecundidad. Antójase un prodigio sobrenatural.

La exuberancia creadora de Peon ha sido causa, empero, de que se le dirijan reproches y censuras. Hásele dicho que el afan de escribir mucho le conduce al extremo de no hacerlo tan bien como debiera y puede. Acaso en el fondo haya razon en esto. Pero si se tiene en cuenta que nuestro autor escribe sus páginas más brillantes cuando el númen le agita y la inspiracion brota á raudales de su espíritu, quizás no deba exigírsele que la detenga en su vuelo, para dar oído al frío dictámen de la reflexion. Tengo para mí que ésta entorpece, debilita ó encanija la fantasía de un poeta espontáneo y fogoso.

Hásele dicho tambien que el empeño de fantasear en hermosos raptos de lirismo, es causa de que en sus dramas haya sobrado oropel de adornos y atavíos, inadecuados é impropios de poemas en que debe imitarse el lenguaje llano y comun de las gentes. Aún más: se ha asegurado que sus dramas sólo tienen de bueno los trozos líricos y que él es poeta lírico ántes que todo. Esta aseveracion merece detenido exámen.

Hagámoslo.

Peon, primeramente, como poeta lírico, no tiene, en rigor, carácter determinado. Parece como que no pone su alma toda entera en sus composiciones líricas. Hay algo en ellas de aéreo, indeciso y vago, que no permite hallarles colorido individual. Salvo el pintoresco y elegante estilo, peculiar y característico de Peon, no tienen otras calidades que las singularicen. Canta en ellas el amor, la virtud y la belleza; pero lo hace sin marcar de una manera profunda su personalidad, sin darnos fiel

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

trasunto de su alma, y como si dejase resbalar al descuido los dedos, sobre las cuerdas de su lira de oro, y exhalasen éstas dúlcidas cadencias, agradables al oído y al espíritu, pero inconexas, aisladas, no sujetas al collar de perlas de la unidad poética, sin obedecer á un pensamiento fijo y determinado.

En este siglo XIX, tan rico en descubrimientos científicos, en doctrinas filosóficas originales ó vueltas á la vida por inteligencias maravillosas, en todo lo que significa progreso intelectual y material, y en el que han florecido más y mejores poetas líricos que en siglo alguno, se distinguen éstos por el brío con que graban su individualidad en sus obras y por la viveza y virtud con que se asimilan todos los sentimientos, ideas, desengaños y esperanzas que á sus contemporáneos agitan. Peon, que no experimenta las dudas y vacilaciones que hoy mueven el espíritu y conturban la conciencia, y que vive en este sentido por decir así fuera de su tiempo, no ha tenido virilidad bastante para sellar con sello indeleble su poesía lírica. No basta que haya profundo sentimiento, ni delicados conceptos, ni hermosas imágenes, ni riqueza de inspiracion, ni galanura y originalidad de estilo, para que un poeta lírico sea digno de inmortal renombre. Se necesita, además, que el poeta se vea al través de sus obras, que sea él quien nos hable siempre, que sintamos en cada estrofa palpitar su corazon y moverse su espíritu, que se nos imponga por la virtud de su alma y la mágia de su ingenio singular. El poeta lírico, al expresar sentimientos propios, debe tambien expresar sentimientos que encuentren eco, recuerdo ó esperanza en todos los séres humanos.

El gran Quintana dió la fórmula, diciendo á los líricos:

> Y si quereis que el universo os crea
> dignos del lauro en que ceñís la frente,
> que vuestro canto enérgico y valiente
> digno tambien del universo sea.

Peon hace cantos dignos del universo principalmente en sus dramas. Fuera de ellos, su poesía lírica es muy inferior á sus composiciones épicas y teatrales. Casi le sucede lo que á Ruis de Alarcon, que, por no serle dable escribir versos sueltos y haber recurrido en cierto apuro á varios vates amigos suyos, fué blanco de la mordacidad de sus contemporáneos.

Áun los apólogos de Peon son mejores cuando los encuadra en sus dramas. Uno de *La Hija del Rey* y otro de *Anton de Alaminos* son de lo más tierno, delicado y primoroso. No hay ninguno con ellos comparable en su coleccion de poesías sueltas. Todavía más: sus descripciones suelen ser más pintorescas, animadas y bellas, en sus dramas que en sus obras de carácter épico, donde sobresale y descuella. Difícilmente se encuentran en los *Romances históricos* y en los *dramáticos* descripciones tan palpitantes y tan vivas como las que abundan en *Juan de Villalpando, Un amor de Hernan Cortés, El Conde de Peñalva, Impulsos del corazon* y en todos sus dramas, para decirlo de una vez. No puede sostenerse en razon, por consiguiente, que sea poeta lírico ántes que todo. Es, de hecho, poeta dramático ántes que todo.

Creo haber tocado los puntos más importantes que debía tocar respecto de las obras teatrales de nuestro egregio vate José Peon y Contreras. Del vistazo dado al desarrollo de nuestra poesía escénica, despréndese que México no ha tenido ni tiene autor dramático alguno, que reuna á la alteza poética de Peon su profundo espíritu nacional.

Queda demostrado, en consecuencia, si no me engaño, que es nuestro primer poeta escénico.

NOTAS.

Algunas erratas de caja que se han deslizado en la presente obra, me hacen incurrir en ciertos barbarismos y solecismos que no cometería un estudiante de gramática, y áun en ciertas locuciones de sentido ambíguo ó enigmático, á causa de que el cambio de una letra suele convertir una palabra en otra muy distinta. Así, por ejemplo, en la página 68, línea 23, dice: MUDO *que plega y ata &c.*, debiendo decir: NUDO *que plega y ata &c;* y en la página 269, línea 13, *fueron* MENOR *imitadores de los griegos* por *fueron* MEROS *imitadores de los griegos.* Conociendo la inutilidad de los registros de erratas, á los que casi nadie acude, abandono las que se encuentran diseminadas en el texto de este libro, al buen juicio del lector, que sabrá sin duda disculpármelas, ya que no tengo disculpa en los muchos defectos que á mí solo deben atribuirse.

Tenía yo el propósito de incluir en esta coleccion de artículos, las biografías de los Sres. José María Vigil y Gonzalo Ma-